



BORÍS YAMPOLSKI, ILYÁ KONSTANTÍNOVSKI, Asistencia obligada. Un testimonio de las reuniones de la Unión de Escritores de la URSS. Incluye Último encuentro con Vasili Grossman, traducción y prólogo de Enrique Fernández Vernet, ediciones del subsuelo, Barcelona, 2013, 348 pp. ISBN 978-84-941646-0-6.

He aquí un libro muy especial, un documento literario doble de singular fuerza, un testimonio biográfico y social de triple referencia. Nos hallamos ante un texto ciertamente infrecuente, con rasgos que lo elevan por encima de las circunstancias que lo gestaron y que lo convierten en una especie de manifiesto artístico y político de permanente vigencia. Estamos, sin duda, ante una tristísima y demoledora sátira de lo perverso y de lo insoportable que tenía lugar en la URSS en los años cincuenta y sesenta del siglo XX y que, si los humanos fuéramos sensatos y aprendiéramos de los errores del pasado, tal monopolio estatal de la literatura no debería repetirse jamás, porque la estrangula y la liquida, provocando que los verdaderos poetas pasen un calvario atroz y apenas puedan entregarnos sus obras. Esta lección le llega al lector como si le dieran un golpe de los que dejan marca en el cuerpo y en la memoria.

Este extraño libro tiene, para empezar, dos autores diferentes, pero no porque escriban un texto conjunto, como si cantaran a dúo confundiendo sus voces o interpretaran acordes complejos de una pieza por el contrario, puesto que el lector sabe en todo momento, incluso por el diferente tipo de letra utilizado, lo que corresponde a la siempre poderosa escritura de cada uno de ellos, poetas ambos de inequívoca autoría y de inconfundible personalidad (nosotros, a pesar de nuestras obvias limitaciones, y seguramente por la sobresaliente calidad de la traducción, nos atrevamos a afirmarlo basándonos en estas soberbias páginas, las únicas que conocemos de ellos). En este sentido, el libro puede significar un valioso descubrimiento que hay que agradecer ante todo a la editorial “Ediciones del subsuelo” y a su muy competente traductor y prologuista, Enrique Fernández Vernet. Sería hermoso que continuaran con esta impagable tarea.

En efecto, Borís Yampolski (1912-1972) e Ilyá Konstantínovski (1913-1995) fueron ante todo dos buenos escritores y dos buenos amigos, fueron escritores amigos en un contexto sociopolítico muy adverso para las confidencias y las lealtades, siempre propenso, por el contrario, a las hipocresías, las zancadillas, las denuncias y las persecuciones. Al morir el primero de ellos de manera un tanto imprevista, a consecuencia de un cáncer fulminante, en plena madurez creadora, el segundo recogió una carpeta de papeles póstumos del soterrado y abundante legado de su colega, papeles que contenían una obra en ciernes, por desgracia inconclusa, con uno de los últimos y más urgentes mensajes de ese solitario y reconcentrado escritor que no deseaba que los mejores frutos de su dolorosa vida se malograsen. Esas hojas dispersas y entrecortadas, incluso con retazos añadidos y versiones alternativas en determinadas ocasiones, configuraban no obstante un torso sumamente expresivo y de insólita veracidad, reconstruían a brochazos sueltos todo un ambiente. Esa desenfadada reconstrucción aquí se hace perceptible e incomprensible gracias tanto a la calidad de esos apuntes, a veces apenas insinuados, como a los comentarios y las contextualizaciones pertinentes del exquisito amigo editor, que de este modo aporta también oportunas pinceladas de su propia vida y de la viva amistad que le unía al artista fallecido para que los lectores entendamos las indirectas y los tácticos supuestos de tales textos, y así captemos el sentido y la radicalidad de los fragmentos que aquel poeta fue redactando cuando apenas le quedaba ya vida. A esta especie de despedida sin máscaras ni afeites, a este mordaz documento sin edulcoraciones, valioso por partida doble, se le añade como coda concluyente, o como broche de oro que confirma todo lo anterior, un relato de enorme importancia, especialmente emotivo, que está dedicado a contar una visita que efectuó Yampolski al gran novelista Vasili Grossman cuando éste estaba ya seriamente enfermo y creía además que la obra de su vida, esa formidable y aleccionadora narración gigantesca titulada *Vida y destino*, uno de los textos fundamentales de la segunda mitad del siglo XX, le había sido confiscada por los aparatos de seguridad del Estado y nunca vería la luz pública. El estremecedor resultado de tal puñado de materiales, que acaba describiendo el entierro del citado novelista y su posterior incineración, es, pues, un libro de imprescindible lectura sobre todo para los interesados en la vida y la obra de Grossman. Gracias a estas páginas podemos conocer con cierto detalle el solitario y dramático contexto de gestación de sus últimas obras, a la vez que un memorable encuentro con la mejor creatividad de dos auténticos escritores soviéticos, de dos judíos ucranianos silenciados que describieron como nadie las peripecias del frente ruso en la Segunda Guerra Mundial. Todo ello quizá parezca una sorpresa muy amarga, pues tanto V. Grossman, como B. Yampolski y I. Konstantínovski, que hace décadas que fallecieron, testimonian en contra de unos perniciosos hábitos culturales y de un sistema castrador que conllevó mucha miseria, sobre todo moral, y un amordazamiento vital que redujo al silencio a las mejores voces de un país y de una lengua. A pesar de esos suplicios absurdos e insoportables, tales voces, como procedentes de ultratumba, perduran en esos escritos suyos que ahora ya podemos leer aquí, muy dignamente traducidos y presentados, como no nos cansamos de repetir.

Yampolski procedía de una pequeña localidad judía de la región de Kiev, en Ucrania. Pronto abandonó esa zona rural, que sería su paraíso perdido, para pasar a trabajar muy joven, con quince años, de periodista en Azerbaiyán. A los veinticuatro años se afilió al PCUS y a los veinticinco ingresó en el Instituto Gorki de Literatura, cuando varios de sus amigos desaparecían en las purgas. Poco después, ya en 1941, publicó *La feria*, relato de la vida de un joven judío que regresa a su aldea natal. Durante la Segunda Guerra Mundial fue enviado especial del periódico militar *Estrella Roja*, vivió y describió en reportajes el cerco de Leningrado (como también hizo Grossman en varios de sus textos, como los que están recogidos en *Años de guerra*), y hasta luchó un tiempo como partisano, mereciendo una medalla por su valor. Son muchas las publicaciones de aquella época (1941-1946), diecisiete obras que recogen los diferentes relatos de su experiencia bélica, que ya cobra forma artística lograda en *Camino de adversidades* (1955), libro centrado en la defensa de Kiev y en el heroísmo y las andanzas de los combatientes rusos. Otras obras sobre la contienda, con especial referencia al Holocausto y a la actitud con los judíos en territorios ocupados, sólo se publicaron años después de su muerte y de la desintegración de la URSS (1995 y 1999), como *El milagro*, *Los gemelos* y *Cuento de Kiev*. A la muerte de Stalin volvió a abordar la vida de los judíos y de sus tradiciones en los ambientes rurales que tan bien conocía y en los que pasó la infancia y el inicio de su adolescencia, recuerdos

que vertebran *El muchacho de la calle de las palomas* (1959). Pero la continuación de su autobiografía como periodista de provincias, narrada en 1961 en *Una ciudad ya conocida*, sólo pudo ver la luz pública en 1992. Otras obras de los años sesenta vuelven sobre experiencias de su infancia y juventud, a veces en ciclos de relatos breves e incluso en cuentos y miniaturas. Sin embargo, cuando abordó cuestiones del presente se produjo la catástrofe: en 1968 se le amonestó seriamente por su reivindicación pública de la figura de Platónov, y desde entonces su producción circuló casi sólo de forma clandestina, escribiendo “para el cajón”, verdadero drama para todo el que sabe que no comparte los gustos oficiales y que no le admitirán sus escritos sino, a lo sumo, en el extranjero, y con los riesgos de rigor. Soltero, Yampolski vivía en un pequeño apartamento y criticaba por contraste la falsa vida de las ciudades soviéticas, hostiles, anónimas, sin personalidad propia. Su mirada se hizo cada vez más implacable, y sus escritos, más impublicables para la censura imperante. Por suerte, a finales de los ochenta y comienzos de los noventa, casi dos décadas después de su muerte, esos textos, por sus propios méritos, han logrado su publicación, como en 1988 uno central que los editores denominaron *Una calle de Moscú*, y la inacabada *Asistencia obligada*, la obra que ahora reseñamos y que vio la luz en 1990. No obstante, se calcula que se habrá perdido una cuarta parte de cuanto escribió. Dura, durísima vocación, pues, la de poeta en tiempos indigentes y en organizaciones asfixiantes.

Borís Yampolski muestra sin tapujos el ambiente de miedo permanente de su contexto vital, sobre todo el del gremio de los escritores soviéticos, con sus reuniones de “obligada asistencia” y las honras fúnebres correspondientes en la Unión de Escritores, las casas de recreo de los más afortunados y los raquíticos cuartuchos de los que han caído en desgracia, los veranos en los Hogares del Escritor, o las tertulias amistosas y entre susurros en los cafés, regadas por el alcohol. En estas notas a contracorriente el escritor reconstruye una reunión en época de pleno estalinismo, a finales de los cuarenta, y retrata sin contemplaciones la ridícula fauna que las poblaba, arranca las caretas que se ponían los directivos y muestra lo que se silenciaba, la espantosa mediocridad que todo lo agostaba. Cuando con lucidez se ve implicado en ese contexto que le determinaba y que a él también le consumía las fugaces horas de su vida, y muy en particular cuando la enfermedad le amenaza con gravedad, entonces el silenciado autor intenta lanzar su personalísimo grito de liberación, al menos para no sentir que ha vivido y que vive en vano, y esa desgarrada confesión proporciona serio contenido moral a sus contundentes y aniquiladoras imágenes de la maldad y la perversidad encarnadas por trepas despiadadas, triviales, aprovechados y oportunistas, mientras radiografía y taladra a esa miserable gentuza que todo lo ocupa, hasta convertir los espacios públicos en atmósferas irrespirables. La esperpéntica farsa y el aburrido circo de espectros se convierten de pronto en hiriente tragedia que a él mismo le deja destruido y con las manos vacías, pero esas manos no dejan de escribir, de configurar esbozos que demuestran su portentosa capacidad de observación y su magistral dominio del lenguaje.

Ilyá Davidovich Konstantínovski, el co-autor y editor de estas páginas, procedía de una aldea de pescadores en Besarabia, que en su infancia era una provincia rumana y posteriormente fue anexionada por la URSS. En ruso, a más de traducciones del rumano, publicó dramas, biografías y mucha crítica literaria. Trasladado a Moscú en 1940, en 1955 ingresó en la Unión de escritores. En los años sesenta preparó una trilogía autobiográfica centrada en el movimiento revolucionario rumano de los años treinta, del que había formado parte. A su amistad con B. Yampolski, a quien admiraba y estimaba, y con quien compartió algunos veraneos de 1963 y 1964 en Peredélkino y Dubulti, debemos que diera información del legado póstumo e inédito de este creador y que publicara con esmero las notas que aquí reseñamos, enriqueciéndolas con su valioso testimonio personal, lleno de afecto y de veracidad, basado en los apuntes de sus propios cuadernos. De todos modos, la primera edición rusa de *Asistencia obligada*, quizá por recomendaciones del editor, no contenía todo lo que había dejado Yampolski en sus notas, y con sentido de la justicia Konstantínovski envió a Suiza el manuscrito ruso íntegro, que sólo vio la luz en traducción francesa en 2011. Un cúmulo de accidentes hizo que el texto original completo se extraviara, por lo que hay que acudir a la traducción francesa para las partes expurgadas, como ha hecho aquí el traductor al castellano.

Para acabar, una última consideración, de nuevo sobre esa visita que le hizo B. Yampolski a V. Grossman en 1963, cuyo relato se publicó por vez primera en una revista alemana en 1976 y finalmente en Rusia en 1989, pero con diferencias y cortes. La traducción castellana lo indica y también nos ofrece como primicia el texto en su integridad, explicitando las diversas referencias a las personas citadas, individuos que gozaron de poder. Por suerte, los relatos que Grossman le leyó a ese otro escritor judío de no menos trágico destino en aquella rememorada visita ya los puede leer también el lector español, pues a finales de 2013 no sólo se publicó *Asistencia obligada*, la obra proyectada por Yampolski y reconstruida por Konstantínovski, también lo hizo *Eterno retorno y otras narraciones* de Vasili Grossman en traducción de Andréi Kozinets (Barcelona, Galaxia Gutenberg). Complementar ambas lecturas es una prueba de respeto a estos dos escritores, que murieron sin saber que ambos textos llegarían un día a nuestras manos, pero que no cesaron de escribir y de transmitirnos lo mejor de su arte y de sus vidas.

Joan B. Llinares
Universitat de València

